

1. La encrucijada histórica

En el XV se agudiza una crisis de estructuras y de creencias que el edificio rígido y aparentemente inamovible de la Europa medieval venía arrastrando desde tiempo atrás. Pero no se produce únicamente el deterioro de un esquema social y económico que cada vez ofrecía menos soluciones; al tiempo, se desperezan apetencias y valores vitales hasta entonces adormecidos y amanecen nuevos horizontes tan prometedores como los desconocidos mundos que los navegantes de la época van descubriendo.

- a. **En lo social, la ascensión de la burguesía** como clase y la **pugna**, con frecuencia sangrienta, **entre la monarquía y la nobleza** más poderosa, caracterizan la historia de estos años.
 - Los burgueses raramente se aliarán con el pueblo llano en sus aspiraciones; por el contrario, harán gala de su admiración por lo aristocrático, intentando alcanzar con el trabajo y el dinero lo que la sangre no les había concedido, “tienden a transformarse en aristocracia”.
 - El pueblo sufrirá la crisis económica, las luchas del rey con los oligarcas, las epidemias que diezmarán la población, sin otro consuelo ante la pobreza, la guerra y la muerte que el grito de su desesperada rebeldía. La descomposición del mundo feudal trae consigo, sí, un mayor dinamismo frente a la apelmazada pirámide estamental de la Edad Media, pero también una angustiada inestabilidad, una obsesión en las gentes de que todo es caduco, de que todo se consumirá velozmente, Tal inseguridad, esta atormentada conciencia de la fugacidad humana, provocará en unos el desencanto y en otros estimulará, paradójicamente, el goce de cada momento.
- b. **La religión** ha dejado de ser la panacea que explica y preside cualquier aspecto de la vida; la decadencia de su dimensión espiritual resulta evidente aunque no pierda en absoluto su importancia como institución social; de hecho, en el siglo XV el clero acrecienta su falta de espiritualidad mientras que en lo terrenal afianza su poderío.

Todo ello, la pujante influencia de la burguesía en los asuntos públicos y la variedad íntima de la religión como remedio para las dudas y guía de las almas, conllevará una transformación cultural profunda.

2. Entre lo sagrado y lo profano

Las circunstancias anteriores, así como la actitud antieclesiástica que iba en aumento desde el XIV, generan un cambio de enfoques en las concepciones vitales y también en las tendencias artísticas. La Iglesia sigue dictando las normas morales de la sociedad pero el clero es el primero en contravenirlas y en crear desasosiego e incertidumbre en los creyentes. Se empieza a resquebrajar la visión del mundo terreno como estadio purificador por el cual el alma debe pasar para llegar a su verdadero destino: la gloria celeste.

En el XV la cultura se va liberando de la dictadura religiosa que pesaba sobre ella; el pensamiento, poco a poco, se independiza de la fe, y los intelectuales comienzan a rechazar las agobiantes imposiciones eclesiásticas del pasado. Lo material y espiritual se mezclan, la cultura se torna laica en gran medida y, aunque todavía los artistas tratan, fundamentalmente, temas de inspiración cristiana, el modo de hacerlo sufre una sustancial mutación: los cielos asfixiantemente dorados, se hacen azules, se aproximan a la verdad de la naturaleza. Los santos y seres angélicos se humanizan, las figuras escapan penosamente del hieratismo medieval y empiezan a ser retrato vivo de su tiempo; en definitiva, el arte se acerca a la realidad, rompe el rígido universo de los dogmas, las ideas y los símbolos.

Han surgido, además nuevos caminos para solucionar las angustias humanas de siempre. En un panorama donde campea la destrucción de manera alarmante, la muerte, por fuerza, se personifica y adquiere una categoría de mito. Ya no es la enviada de Dios que alivia al alma de sus sufrimientos en este valle de lágrimas. En pocos momentos de la historia la lucha entre Eros y Thanatos se ha hecho más dramática. Los hombres, ante la inseguridad de creencias sublimes y la percepción bien concreta del aniquilamiento de ideales y grandezas se vuelcan en el disfrute casi desesperado del placer. Y a la muerte se la teme y conjura haciéndola corpórea e igualadora, el instrumento de venganza de los desahuciados. (Danzas de la muerte)

Mientras el pueblo llano encuentra en esta muerte folklórica, bálsamo para sus penas, las minorías intelectuales buscarán en la "gloria" no celeste, en la "fama" que perdura, un remedio ante la amenaza de la nada. Ante la inseguridad de la existencia inmoral prometida por la religión, la fama supone un consuelo más próximo.

En esta época, los adinerados procuran perpetuarse en la memoria a través de retratos y esculturas. El arte cobra así una singular importancia; es un medio para hacer que la fama perdure, sustituye a la fe en la apetencia de inmortalidad de las gentes. El incipiente humanismo recoge esta concepción de los antiguos y la proyecta. El artista se transforma en el artífice de una vida nueva, la de la gloria. Por eso dejan de ser anónimos para intentar la inmortalización de su nombre y de su obra. El arte pierde el carácter colectivo que había tenido en la Edad Media. El humanista buceará en la antigüedad buscando un espejo en el que reconocer sus propios gustos y aspiraciones. Italia será el centro de irradiación y Petrarca y Boccaccio los sumos sacerdotes.

Al principio, los humanistas rehuirán el conflicto con el concepto religioso del mundo, pero el auge de la ciencia no eclesiástica de los humanistas terminará creando graves tensiones. La difusión de las ideas platónicas, el antropocentrismo serán aspectos decisivos en estos problemas.

Los humanistas utilizarán las lenguas romances para sus creaciones, y ello es significativo porque demuestra su voluntad de apartarse de la cultura eclesiástica como instrumento para su arte y porque revela una atracción por los rasgos positivos de la cultura popular anterior –independiente de la influencia eclesial-. No es casualidad que en el primer renacimiento proliferen las recopilaciones de romances y otros cantos populares.

DÍAZ VIANA, Luís. Del Medievo al Renacimiento. Poesía y prosa del s. XV. Madrid, Cincel, Cuadernos de estudio 3,1986.